



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad
Azcapotzalco
México

Avilés Fabila, René

Medios, ética, estética, libertad y cambios sociales

El Cotidiano, núm. 181, septiembre-octubre, 2013, pp. 29-36

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32528954005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Medios, ética, estética, libertad y cambios sociales

René Avilés Fabila*

El informador serio se debe a la sociedad. En darnos su esfuerzo ético y estético –dejando la arrogancia de lado– está su mayor compromiso, no con el político todopoderoso, los partidos ni con el Estado. Tenemos que arropar la tarea informativa con el arte y la moral. Imposible dejar de lado que la comunicación se ubica en medio de la sociedad y el poder. A la primera se le sirve, al segundo se le critica sin cortapisas.

No existe la menor duda de que la complejidad del mundo actual ha rebasado con mucho a los medios de comunicación masiva. El meollo del problema incide, naturalmente, en quienes los manejan y la información que transmiten al público. En consecuencia, sus responsabilidades éticas aumentan. Sin embargo, habría que preguntarse: ¿qué tanto han sido capaces de modificar su conducta para ingresar a un nuevo milenio en pleno

proceso de globalización? Desde luego, esto incluye a las nuevas tecnologías, a Internet, cuyas inmensas posibilidades dentro de la información por ahora son jóvenes en exceso e inciertas.

¿Cuáles serán ahora los compromisos por adoptar de los medios y los comunicadores con la sociedad? ¿Cuáles serán los principios de los que partan para contribuir a enfrentar la resolución de problemas que afectan a toda la humanidad, tales como la guerra, el narcotráfico, la miseria y la lucha contra todo tipo de injusticias sociales? Y una pregunta más, de suma importancia: ¿es posible aspirar a que su quehacer profesional llegue a estar sujeto por algún mecanismo de control y/o autocontrol

inscrito y derivado del propio marco jurídico vigente en aras de garantizar el mejor desempeño profesional en su deber de informar con la mayor veracidad y objetividad a la sociedad? Códigos de ética sobran, el problema es su escasa y discutible puesta en práctica.

No hay duda de que la respuesta a éstas y otras preguntas depende de muchos factores, pero uno de los principales es el siguiente: ¿es la ética, es la moral del pueblo, la misma ética y moral que comparten sus medios de comunicación y, por ende, sus periodistas? Si hay manipulación o no, esto depende de lo que la propia sociedad quiera o permita. Si hay libertad o no, es consecuencia del grado de desarro-

* Profesor-Investigador del Departamento de Educación y Comunicación, Área de investigación Comunicación y Estructuras de Poder de la UAM-Xochimilco. Correo-e: <ravilesf@prodigy.net.mx>.

llo democrático o autoritario del régimen político que prive en el grupo social en cuestión. Pero, ¿qué es la ética? Y, ¿cuál es su relación con los medios de comunicación?

La ética

Ethos significa comportamiento o costumbre, es decir, es el conjunto de principios o pautas que regulan la conducta humana, y aunque a veces se le llama en forma impropia “moral”, sin serlo (del latín *mors*, *moris*, costumbre), en realidad la ética tiene un carácter normativo y está enfocada específicamente a la conducta humana.

Muchos filósofos y pensadores han tratado de determinar la bondad de la conducta de acuerdo con dos principios fundamentales: bueno en sí mismo o bueno porque se adapta a un modelo moral concreto. Sin tratar de abundar en disquisiciones filosóficas, podemos apuntar que desde los primeros tiempos de la humanidad la regulación moral de la conducta fue imprescindible para alcanzar el bien colectivo. Fue así como los primeros sistemas morales justamente quedaron establecidos sobre pautas arbitrarias de conducta, aunque muchas veces evolucionaron de manera irracional a partir de las violaciones a tabúes religiosos o de conductas que se convirtieron en hábitos y devinieron luego en costumbres, y otras veces a partir de leyes impuestas por líderes para prevenir desequilibrios en el seno de la tribu. Pero también es muy cierto que en todas las grandes civilizaciones las normas de conducta impuestas estuvieron además mezcladas con la religión para hacerlas más fuertes y operativas: Dios premiaría o castigaría, según el caso.

En China, las máximas de Confucio fueron aceptadas como código moral y Pitágoras en Grecia desarrolló una de las primeras reflexiones ético-morales en el seno del orfismo. Pero fue justamente en la Hélade donde durante la Antigüedad clásica florecieron diversas escuelas de ética como las desarrolladas por los cínicos, los cirenaicos, los megáricos y los platónicos, cada una de ellas con su propio matiz moral según su época y circunstancia. Más tarde se sumaron nuevas corrientes ideológicas que dieron su propio matiz a la ética imperante, como lo fue el epicurismo. Sin embargo, el mayor cambio vendría con el Cristianismo, cuyo advenimiento marcó una revolución fundamental luego de haber introducido el concepto de bondad en el pensamiento occidental, bondad que además sólo podría ser alcanzada con la ayuda de la gracia de Dios.

Muchas centurias han pasado desde entonces. Lejos estamos de aquellos tiempos y muy distinta es la moral o la suma de morales que hoy privan en el mundo contemporáneo, lo que dificulta y casi imposibilita que se pueda en la actualidad definir de modo unívoco el concepto de ética. Es tan grave el asunto, que si bien para algunas culturas matar es legítimo, para otras, como lo es para la cultura occidental, es la más abominable y atroz de las acciones, puesto que atenta contra el bien más preciado del hombre: su vida.

He aquí, pues, una parte toral del problema que enfrentan los medios de comunicación masiva: su compromiso, su ética ante la sociedad a la que han de responder, máxime en un atribulado planeta en el que el descomunal avance tecnológico lo ha convertido, paradójicamente, en una especie de aldea medieval. Pero hay algo más: su responsabilidad con ella, con la sociedad. Y ¿quién nos puede decir con certeza qué es exactamente la responsabilidad? ¿Acaso esta responsabilidad atenta contra la libertad de expresión?

Libertad de expresión y libertad de prensa

En México la libertad de expresión y la libertad de prensa son derechos que si bien están consagrados en los artículos 6° y 7°, respectivamente, de nuestra Carta Magna, su pleno alcance ha sido una conquista reciente, ganada tras décadas de ardua y permanente lucha gracias a aquellos que han ejercido un periodismo crítico en nuestro país, pues si bien del primero goza la ciudadanía en general, ha sido sobre todo gracias al periodismo que en gran medida se ha logrado consolidar un régimen de libertad de expresión más efectivo.

La libertad imperfecta que hoy disfrutamos en materia de información se debe no tanto al poder político y económico, sino a la lucha que los propios periodistas han dado. Ello es una regla. Más aún, los avances que hasta hoy hemos logrado se deben a los medios de comunicación más positivos y no a los partidos políticos que se han hecho más y más despreciables cada día.

Por otra parte, en la actualidad los medios de comunicación adquieren cada vez mayor importancia en el desarrollo del mundo contemporáneo. El impacto de los avances tecnológicos en el ámbito de las telecomunicaciones ha sido determinante y con ello se ha propiciado que la sociedad contemporánea sea cada vez más una sociedad

de información. La velocidad con que se generan las noticias y la prácticamente inmediatez con que éstas se transmiten y desencadenan toda índole de análisis y opiniones lo comprueban.

Así, entre la lucha sostenida por hacer efectiva verdaderamente la garantía constitucional y los logros tecnológicos alcanzados, se evidencia un hecho: el creciente poder del que disponen los medios de comunicación hoy en día. De ahí la necesidad de subrayar que el poder, sea cual sea su origen o su naturaleza, es ante todo un compromiso para quien lo detenta. Compromiso que en el caso de los medios de comunicación se convierte en una responsabilidad de enorme trascendencia, y si ello ocurre es porque la sociedad es la principal receptora de su información y ésta influye de manera determinante en la opinión social.

Es por ello que los medios y quienes los integran deben asumir el reto y la responsabilidad que tienen a su cargo, pues si bien están facultados para ejercer plenamente la libertad constitucional de expresión, no hay libertad —como tampoco poder— que pueda ser total. Aun la libertad de expresión posee límites y éstos deben ser respetados. De suma gravedad es que un medio informativo se aproveche de su poder, pues el exceso genera abuso y todo abuso provoca a corto o largo plazo un descrédito, y si hay algo que debe cuidar un medio de información por ser un asunto extremadamente delicado es el de su credibilidad, máxime cuando la receptora es la propia sociedad.

Es verdad que en la propia Constitución encontramos límites a la libertad de expresión en el referido Artículo 6°, como en los casos de afectación a la moral, a los derechos de terceros, al provocar algún delito o bien perturbar el orden público, pero, ¿dónde hallar aquellos que regulen la información que generan los medios de comunicación más allá de lo establecido por el Artículo 7° al indicar que habrá de respetarse en todo momento la vida privada, la moral y la paz pública?

Resulta evidente la tendencia en casi todos los países por desarrollar algún tipo de instrumento que contribuya a refrendar y garantizar la responsabilidad social que tienen los medios informativos ante la sociedad. Al respecto, se ha hecho gran hincapié en la necesidad de adoptar un código ético, así como énfasis en el secreto profesional que asiste a los periodistas para no revelar sus fuentes informativas. Los derechos humanos especialmente han dedicado su atención en ambos casos, pero, ¿qué se hace al respecto?

Es necesario que se impulse la adopción de algunas disposiciones mínimas que permitan controlar esa libertad

de expresión que asiste a los medios informativos para bien de la sociedad, porque justamente en esa medida estará garantizado el mayor respeto hacia su labor. Por otra parte, esta acción no debe ser aislada, como hasta ahora lo ha sido en diferentes países. Es necesario que este marco regulador pueda ser de observancia internacional, ya que sólo así se podrá aspirar a un cumplimiento cabal, pues no es posible considerar en los actuales momentos que la práctica periodística quede limitada a las fronteras nacionales. El periodismo tiene un alcance eminentemente internacional y de ser materializado un instrumento regulador en tal sentido, debería ser de aplicación universal, tal como ocurre hoy en día con las disposiciones correspondientes a la propia Internet.

Un código de ética así observado, o bien un conjunto de principios reconocidos de modo universal, contribuiría a dotar de mayor objetividad al quehacer periodístico. Permitiría además que la sociedad tuviera mayor libertad de pensamiento para formar su propia opinión. Sin embargo —hay que precisarlo—, en un país como México no serán los legisladores —de lamentables acciones políticas y visible ignorancia— quienes determinen qué pueden o no llevar a cabo los comunicadores para bien ejercer su trabajo de puente entre el poder —al que se debe criticar— y la sociedad —a la que se debe proteger y orientar—. Los recientes “descubrimientos” emergidos de las dos cámaras, la de Senadores y la de Diputados, lo muestran de modo fehaciente.

Es verdad que la ética es reflejo del grupo social del que emana, y por tanto hay tantas éticas como grupos sociales. Sin embargo, el reto debe ser asumido a partir de buscar cuáles son los fines, las metas, que el periodismo persigue. Éstos no pueden ser tan discrepantes entre las diversas sociedades contemporáneas como para impedir la adopción de un marco ético de observancia común.

Por la responsabilidad que los medios informativos y los periodistas tienen depositada en su tarea, urge reflexionar sobre este asunto. Ciertamente, un código de ética no necesariamente es una ley y por tanto su coercibilidad no es total, pero en una profesión como la de informar a la sociedad resulta impostergable su adopción con el fin de brindar un mayor y más profundo respeto a la propia sociedad. Pretender establecer límites a la libertad de expresión o a la libertad de prensa es muy riesgoso, ya que de igual forma entrañaría la posibilidad de institucionalizar la censura. Sin embargo, una y otra deben también de conducirse dentro de preceptos universales que garanticen el respeto, la

honestidad y la transparencia no sólo informativos, sino también ideológicos.

La credibilidad de una sociedad en los medios depende justamente de ello, pues independientemente de la postura que se adopte, lo importante es que el ejercicio periodístico sea congruente, crítico, plural, democrático, como se ha aspirado siempre en los regímenes no totalitarios, pero también que sea respetuoso y que no obre a la ligera. Insisto, la responsabilidad que tiene el periodismo es fundamental y no puede asumirse a la ligera. El periodismo es el agente que puede concienciar más que la propia escuela al ciudadano común. Es el periodismo el que moldea la opinión social en primer lugar. Qué grave es pues su encomienda, ya que si obra con seriedad, con honestidad, con profesionalismo, puede llegar a ser uno de los principales garantes de la paz y de la seguridad social.

La prensa escrita en nuestro país nació (podemos hablar de 1821) con una serie de debilidades visibles y otras no tanto. En principio ha mantenido tenazmente un diálogo con el poder o una gran rivalidad, como en los momentos en que triunfaba el conservadurismo y alguna dictadura se imponía. Pero en todos los casos, las publicaciones periódicas conservan una gran distancia con la sociedad, con el pueblo. Este es un defecto que se ha prolongado hasta nuestros días y sería, por sí mismo, bastante para explicar los reducidos tirajes de los diarios nacionales dentro de una población que de hecho ha superado los cien millones de habitantes. Entonces, la pregunta sería: ¿cómo se forma la opinión pública, cómo se da la memoria histórica, si los diarios no han sido capaces de estimularla y desarrollarla? Hoy podría señalarse que los medios electrónicos han tenido responsabilidad en la conformación de una cultura colectiva, en la conformación de una nacionalidad, pero se trata por un lado de un fenómeno reciente y por el otro es notoria la incapacidad de esos medios para explicar los complejos fenómenos políticos, sociales, económicos y culturales que convulsionan a México. La televisión comercial nos ha hecho perder identidad y los valores inculcados son dudosos, responden a las necesidades de una economía de consumo. Tiende, por decirlo con fuerza, a enajenar. Ha deificado al deporte y al espectáculo del peor gusto, como lo prueba el magnífico libro de Mario Vargas Llosa *La civilización del espectáculo*. El más aceptable periodismo sigue siendo privilegio de los periódicos, esos ignorados y aun desconfiables diarios y revistas.

Hoy parece natural el proceso que los medios están llevando a cabo y que consiste en un alarmante camino

hacia la frivolidad y la ligereza. Los titulares se han poblado con noticias alarmistas y sociales. La nota sobre el éxito de una cantante o del seleccionado de fútbol sustituye al hecho político de trascendencia. La antigua nota roja, sin duda bajo el influjo de una realidad perversa, se hace nota política y se detiene en las primeras páginas, donde antes estaban las acciones de mayor reflexión social. La censura se mantiene pero con distintas características; ahora no depende de Los Pinos, sino de los intereses de los dueños de los propios medios de comunicación. Las estaciones radiofónicas, las empresas televisivas, los diarios y las revistas toman abiertamente partido por un candidato presidencial sin reflexionar un momento acerca de quienes reciben la información, tal como lo vimos en las pasadas elecciones que hoy todavía perturban. De allí que los propios medios requieran una severa regulación, darse un código de ética, como ya algunos diarios mexicanos lo tienen. Tal acción debe ser producto de una reflexión moral interna que deje de lado los intereses del poder y sea parte de una interacción con la sociedad mexicana.

Hoy el peso de los medios electrónicos sobre los escritos es evidente. Mientras que los tirajes apenas aumentan o se distribuyen en una multitud de diarios de escasa penetración, la televisión influye y remodela constantemente a la nación. Siempre que pensábamos en responsabilidades éticas, se analizaba a los periódicos y revistas, ahora recaen sobre los medios electrónicos. Se requiere un código moral que regule sus actividades, del mismo modo que aún ahora los mismos periodistas tratan de conformar códigos que les permitan moverse dentro de un ámbito de libertades que al mismo tiempo no dañe a los lectores. Aunque lo hayamos olvidado, los electrónicos son medios concesionados.

La función de los medios es compleja; es relativa a la información, pero asimismo lo es a la educación. Por tal razón alarma el hecho de que se hayan vuelto una maquinaria que produce imágenes ofensivas y privilegia la frivolidad. La inseguridad nos abruma, principalmente en la ciudad capital, pero eso no es razón para que las informaciones sangrientas y morbosas aparezcan desde las primeras planas y desde los momentos en que anticipan las informaciones de radio y televisión.

La política, por otra parte, se ha corrompido de manera alarmante y ha contagiado a una sociedad mal conducida. Los videoescándalos recientes, las fatigantes polémicas entre los dirigentes de la nación, la corrupción visible de individuos y agrupaciones son una realidad tangible, pero

ello no obliga a que los medios lo destaquen en medio de morbosas descripciones o tratamientos. La sociedad en efecto está harta de la política, la halla envilecida y pobre en ideas y proyectos en el nivel del debate, y su rechazo va en función directa del hartazgo que le produce el sistema político actual.

Sí, es indudable que en el proceso democratizador de México los medios de comunicación han hecho una tarea destacada. Sin su presencia no sería concebible la proeza nacional de buscar un país más digno y justo, donde prevalezca el derecho y la justicia social. En tal sentido han ido más lejos que los partidos y que el mismo poder político. Pero también lo es que hoy se encuentran atrapados en las mismas contradicciones que han agredido a la sociedad en su conjunto.

Es necesario e impostergable, para avanzar, que los medios vuelvan a plantearse sus compromisos con los lectores y con el poder. De lo contrario seguiremos con medios electrónicos idiotizantes y con periódicos y revistas incapaces de mayor profundidad y penetración.

¿A quién van a servir? Antiguamente el Estado era el gran censor, pero hoy el fenómeno se ha hecho más complejo. No es que haya desaparecido la censura, lo que ocurre es que se ha diseminado y ahora está con mucha mayor frecuencia en manos de los directivos de los medios, quienes permiten o prohíben, según sus propios intereses, los materiales; no de conformidad con los intereses de la ciudadanía y de la sociedad en general.

Algunos medios trabajan con mayor o menor carga ética, pero sigue faltando el conjunto de normas que regulen sus relaciones tanto con el poder estatal como con la sociedad, partiendo de un principio fundamental: su tarea es servir de guía a la nación y efectuar la razonable crítica al Estado en sus diferentes niveles. Para ello no es suficiente la actitud positiva de un director o de un dueño de medios, hay que sujetarse a normas y principios éticos que impidan que la comunicación se convierta en la apología de la violencia, la brutalidad y la vulgaridad. Si uno encuentra semejanza en los comunicadores con el papel del intelectual en la sociedad es porque en efecto existe y ese compromiso está inalterablemente dirigido al avance social.

Actualmente en algunos estados de la República Mexicana, como en muchos países del orbe —pensemos en los casos cercanos de Puerto Rico, Brasil, Nicaragua, El Salvador, Venezuela—, en diversos foros se ha llegado no sólo a plantear la conveniencia y necesidad de adoptar un Código de Ética, sino que han sido ya elaborados diversos

instrumentos de esta naturaleza. En México, la recientemente publicada Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental ha contribuido a hacer aún más evidente su falta en nuestro medio, pues aunque entidades como Querétaro o Chihuahua han venido trabajando al respecto, convendría propiciar la realización de foros en los que participaran no sólo representantes de los medios y trabajadores de la información involucrados, sino también académicos, legisladores, así como la sociedad en general. Hoy se lucha por acceder a una mayor transparencia en la información y en la rendición de cuentas en todos los niveles, mientras los funcionarios y políticos en general se oponen discreta o abiertamente. El periodismo, los medios de comunicación, deben adoptar un código ético que no sólo no vulneraría la libertad de expresión o la libertad de prensa: sería un mecanismo decisivo y fundamental para garantizar ese acceso a la información con la mayor transparencia, tal y como la sociedad lo anhela y lo ha anhelado siempre.

El periodismo es información que se transforma en historia y en función de este fenómeno complejo y maravilloso las ciencias sociales y el arte se hermanan o al menos encuentran una serie de coincidencias y afinidades. A nadie le cabe la menor duda de que así lo hacen la literatura y periodismo: ambos se mezclan, la frontera que antes existía entre sus respectivas tareas se ha diluido. La política ya no es el único gran elemento del periodismo, lo es también la cultura en su más amplia definición. Tal vez por ello el periodista Ryszard Kapuściński explicaba que “no hace falta fijarse en la política, sino en el arte”. Para él es más importante entrar en un museo que discutir de política. Por ello hay que pensar en los mexicanos, en sus hijos y, en general, en el futuro. Parte importante de la educación de un país radica en los medios de comunicación y con ello su propia grandeza. Los medios deben ser universidades del más alto nivel de cultura e inteligencia, donde las noticias conformen a una sociedad aguda y capaz de dictar el rumbo, de orientar el camino de los partidos y conformar las ideas de los dirigentes políticos. Ya la crítica no es suficiente, hay que añadir como un gran elemento la propuesta. Pero todo ello debe estar sustentado en responsabilidades de muy alto rango moral.

Asimismo, el asunto es de mayor complejidad si consideramos que para amplios sectores de la población no bastan los medios como actualmente están conformados. Siguen prevaleciendo aquí y en Estados Unidos, en Francia y en China ciertos niveles de desconfianza y entonces

encontramos la búsqueda de un periodismo de tipo ciudadano, donde la información y su consecuente jerarquía no dependan de los especialistas y de sus intereses, sino de los intereses de la propia ciudadanía. Como resultado de tales inquietudes aparecen nuevos medios de proporciones y alcances modestos, pero con profunda influencia en los sectores a que van dirigidos: estaciones radiofónicas, diarios, emisoras de corto alcance, cuya presencia es suficiente para explicar otras necesidades ajenas al tradicional circuito de información.

Las sociedades, en su lucha por la globalización —globalización muy distinta a la impuesta desde el puñado de potencias que ordenan—, requieren de nuevas formas de comunicación, más independientes de los valores tradicionales. Esto, desde luego, sin afectar a los grandes sistemas informativos, los que, al recibir una influencia benéfica de medios emergentes y con valores distintos y más cercanos a una nueva realidad internacional, puedan ir gradualmente reacondicionándose a mejores paradigmas en la materia.

El problema esencial de lo viejo y lo nuevo radica en la ética y en la libertad de expresión. ¿Cómo amalgamar todo ello en un nuevo y diferente proceso periodístico? La comunicación debe entrañar y desentrañar la ética. Es algo incuestionable e imposible de separar. El fenómeno de la información debe ir acompañado de la ética, de lo contrario los valores desaparecen y quedan las intrigas, luchas de bajo nivel por el poder y la instalación de falsos valores. Y para lograrlo se debe luchar por que todo este cambio se produzca dentro de la más estricta libertad de prensa. He ahí donde radica el problema. ¿Cómo manejarse libremente dentro de la libertad de prensa? ¿Abusando de ella, extralimitándose en su nombre? No. Desde luego que no. Tendrá que ser con seriedad y responsabilidad ética, lo que significa la elaboración de un código de ética profesional. ¿Pero quién lo elaboraría? ¿Quién tendría la capacidad ética para producirlo? ¿Los legisladores o el Poder Ejecutivo? Los periodistas les niegan tal derecho, lo consideran una intromisión. Entonces, ¿los mismos periodistas, los que hacen posible el milagro de la información? Sin duda es lo más razonable. Dentro de los valores universales más apreciados y establecidos desde tiempos inmemoriales, hay que trabajar incisivamente para que cada diario, cada empresa televisiva o estación radiofónica lleve a cabo su trabajo cotidiano sin afectar los intereses de los demás. Hay que precisar con todo cuidado e inteligencia, dentro de los marcos jurídicos legales, los límites de la libertad de expresión y sus obligaciones.

Habíamos dicho que la contribución de los medios a la transformación positiva del país ha sido invaluable, tanto o más que la de los partidos políticos. En todo caso, las propuestas han partido de los medios de comunicación, y los partidos y el propio Estado son quienes instrumentan los proyectos y las demandas que les llegan a través de diarios y estaciones radiofónicas o televisivas. Los comunicadores deberán abandonar toda arrogancia, toda actitud prepotente y soberbia, no asumirse como poder (el que muchos llaman *el cuarto poder*) y aceptar que son un instrumento en manos de la sociedad civil. Debemos insistir. Entre ella y el Estado, los medios juegan un doble papel significativo: de un lado explican a la primera las razones del poder político y económico, y del otro, al segundo lo critican y le liman las aristas peligrosas.

Puede ser sencillo explicar el pasado y así comprender el presente. Lo más arduo es vislumbrar el futuro; hacer que los medios de comunicación sean un instrumento para que tanto la sociedad como el Estado cumplan puntualmente con los papeles que la historia les ha concedido, por el bienestar común.

Las reflexiones que llevo a cabo son una ajustada síntesis de un largo quehacer en los medios periodísticos y, desde luego, de acciones académicas dentro de las carreras de comunicación impartidas desde hace muchos años en la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, donde trabajo en una investigación sobre los medios escritos y su relación tortuosa con el poder.

Claro está, y este es mi punto de vista, los respectivos códigos de ética deberán ser producto de cada medio —electrónico o escrito—, de los compromisos que sientan sus deberes en tal sentido y siempre al servicio ciudadano, y no de legisladores ineptos, flojos e ignorantes, de gobernantes interesados en obtener simpatías o de partidos que buscan votos y triunfos para mejorar haciendas personales. Magistrados de la Suprema Corte de Justicia han debatido el tema, sin la debida asesoría de los propios y más dignos comunicadores.

El asunto es más complicado si lo contemplamos en pleno proceso globalizador orquestado por el modelo anglosajón y al que nos estamos incorporando sin las necesarias reflexiones y debates, sin duda sin que pensemos en términos de valores propios y de una clara identidad nacional. En el nuevo intento, quizá el tercero o cuarto que se lleva a cabo a lo largo de la historia de la humanidad, somos simplemente los globalizados. Los medios de comu-

nicación, en términos generales, permanecen al margen y sin una idea clara de lo que nos está ocurriendo, ocupados como están en las pugnas domésticas del más bajo nivel que los partidos políticos han causado.

En lo personal, llevo unos cincuenta años escribiendo en diarios y revistas, he tenido programas radiofónicos y participaciones televisivas que la llegada del Partido Acción Nacional al poder truncó. En mi caso, como en el de los demás periodistas, es posible analizar una carrera y una conducta moral o ética con sólo ingresar en una hemeroteca. Estoy tranquilo, jamás he elogiado al poder, nunca me he puesto al servicio de un partido o de un político. He recibido, eso sí, las agresiones de colegas por mi conducta política y he peleado por la respuesta. Hoy en día no soy más que un articulista de fondo crítico, en medio de tremendas confusiones, como el no saber si la izquierda aún existe en México o es una falacia de los amantes del poder a toda costa. Mi único compromiso, así lo he sentido yo, es con la sociedad; jamás he podido con el Estado esté donde esté, sea del PRI, del PAN o del PRD, organismos que se sirven a sí mismos y no a la nación, a la que manipulan y enajenan cínicamente.

La estética y los medios

Nos queda una preocupación, la formal. Si los géneros periodísticos se han poblado de influencias literarias, es decir, si la literatura y el periodismo se han venido mezclando cada vez con mayor intensidad a partir de la expresión *nuevo periodismo* —acuñada principalmente por escritores norteamericanos, pero que viene del fondo de la historia—, hay que preocuparse, pese a las limitaciones de tiempo, por escribir con enorme dignidad, con la mayor belleza posible. Lo podemos llamar como lo hizo Tom Wolfe, o decirle *periodismo literario*, o como queramos, pero lo principal ya no es el decirlo, sino el cómo decirlo. Sólo así convertimos al periodismo en algo memorable, en historia y en arte.

Desde su nacimiento, el periodismo se ha debatido entre la ciencia (social) y el arte; a veces fue una cosa, a veces fue otra. Desde entonces existió la preocupación de fusionar el arte y la ciencia con la ética y la verdad. La lucha no ha sido fácil ni breve; a la fecha no hay tantas personas que entiendan una idea de Kapuściński: el periodismo no es para cínicos, en cambio, es arte.

El mundo es cambiante, lo es, en consecuencia, el periodismo. Si antes sus avances se daban con lentitud,

hoy, en un mundo globalizado básicamente a través de la comunicación, son más acelerados. El mundo se reduce y globaliza a gran velocidad aprovechando los medios de comunicación que han encontrado un enorme apoyo en la tecnología. Internet, desde luego, puede ser arte, sentido de la ética, espíritu de justicia; todo depende de quién maneje la computadora. Esto nos lleva a un dilema: ¿qué clase de periodistas necesitamos? ¿Los queremos improvisados, superficiales, frívolos, que se limiten al boletín y a las generalidades? ¿O los requerimos convertidos en rigurosos investigadores, como Sherlock Holmes o Hércules Poirot, hurgando hasta en los detalles más nimios para ajustarse a la verdad y dándole a su prosa el sentido estético que manejaron Melville, Proust y Hemingway?

El periodismo no es sólo la noticia, es la historia de todo un proceso y sus efectos, donde hay seres humanos, dramas, conflictos y resultados preocupantes. De este modo, en la década de los sesenta trabajaron periodistas-literatos como Norman Mailer, Truman Capote y, desde luego, Tom Wolfe, para desatar una revolución que aún avanza y recupera los mejores elementos del pasado que lo hicieron posible: los novelistas y sus obras de ficción basadas en realidades que inquietan.

La globalización conlleva desafíos que debemos vencer. Uno es la frivolidad, la innegable tendencia a ser superficial en aras de la rapidez y el entretenimiento fácil. Estamos convirtiendo a los lectores en televidentes que apenas reflexionan, que son receptores de emisiones estúpidas.

Entre lo escrito y la televisión está la radiofonía que se esfuerza por reponerse del éxito de las pantallas y se arriesga buscando mejores comunicadores. Pero es en los medios escritos donde aparece, sin duda, el mejor periodismo. Es verdad, algún día será alcanzado por la tecnología y desaparecerá, mientras tanto nuestro deber es cuidarlo y mejorarlo. Tenemos que arropar la tarea informativa con el arte y la moral. Imposible dejar de lado que la comunicación se ubica en medio de la sociedad y el poder. A la primera se le sirve, al segundo se le critica sin cortapisas. No hay otra tarea ni más función que la de informar con agudeza y profundidad, hacer un periodismo de intensidad que a veces exige secreto o discreción sobre las fuentes.

Los medios electrónicos ganan terreno, vivimos la época de las pantallas y los espectadores pasivos. La prensa escrita —dicen— cede, pierde espacios. Puede ser, lo veremos a largo plazo. Por ahora hay algo que vence a la rapidez electrónica: la prensa escrita. Si bien radio y televisión nos

muestran la noticia en el momento mismo en que se da, es el periodismo escrito el que explica el fenómeno y lo analiza minuciosamente. Vemos una declaración de Obama, pero ¿dónde está la reacción seria, profunda, a sus palabras? No en esa misma pantalla. Surge como resultado de la experiencia de quienes ejercen el análisis y la reflexión por escrito. En toda lógica periodística, los famosos cinco sentidos del periodista de Kapuściński son seis, pues al estar, ver, oír, compartir y pensar, siempre habrá que añadir: escribir. Por ello recomendaba leer poesía, literatura, para embellecer las herramientas del seco y a veces rudo oficio periodístico. Sin esta acción no hay periodismo grande, desaparece la intensidad del texto. Los medios televisivos o radiofónicos parecen sólo necesitar presencias y voces, pero atrás de cada uno de aquellos que trabajan en los glamorosos medios electrónicos siempre hay un complejo trabajo escrito. Sin la escritura, podemos resumir, el periodismo es palabrería

y poca reflexión, verborrea y escasa profundidad en los fenómenos informativos.

La tarea de comunicar le concede, a quien bien la realiza, una recompensa ilimitada: el agradecimiento y el respeto de una sociedad orientada correctamente. Ahora bien, ¿de dónde sale el periodista ideal que apenas hemos esbozado? Puede formarse en las salas de redacción, como hasta hace un tiempo, pero asimismo egresa de las universidades, donde el joven recibe no sólo los elementos académicos, sino también una clara idea del código moral que debe llevar como escudo y divisa. La corrupción tiene que cesar del todo. El informador serio se debe a la sociedad. En darnos su esfuerzo ético y estético, dejando la arrogancia de lado, allí está su mayor compromiso, no con el político todopoderoso, los partidos ni con el Estado. Tendrá que encontrar su sitio junto a los mayores intereses de la nación.